LOS MITOS

DEL CALOR Y DEL FUEGO, Y EL CULTO DEL ÁRBOL Y DE LA SERPIENTE.

I.

«Tres fenómenos han chocado al Arya, dice Emilio Burnouf, el movimiento, la vida y el pensamiento. Estas tres cosas abarcan todos los fenómenos naturales. Si un principio puede explicarlas, será él la explicación de todo. Este principio, los aryas le vieron en *el calor*.»

Estamos enteramente de acuerdo, y por eso hemos dicho que la gran clave de interpretación mítica debe ser esa misma palabra: *calor*; pero sería más exacto, en vez de concretar al Arya ese fenómeno, hacerlo extensivo á tribus anteriores en evolución, porque la raza aryana hace su aparición con el Rig-Veda, que no por ser antiquísimo, deja de suponer un estado social que no es el primitivo, ni tiene ese carácter de infantil sencillez que se requiere para el nacimiento del mito. Sabido es que el sanscrito, la lengua de los aryas, no basta para explicar sus mitos, y que los nombres de sus dioses revelan un origen mucho más antiguo. Si el calor y las consecuencias que él produce, se ofrecieron á la imaginación del hombre verdaderamente primitivo como prodigiosos fenómenos de anima-

ción, hasta el punto de adorarlos como manifestaciones de un poder invisible y personal, dando lugar así á la primer florescencia religiosa de la humanidad, esto tuvo su causa en la misma simplicidad salvaje de su ánimo, perfectamente ajeno, hasta tal momento, á cualquier otra creencia metafísica. Los aryas, los griegos, los romanos, los salvajes modernos, pueden embellecer y complicar un mito ya heredado; pero para crearlo en toda su sencillez, se necesitaría un cerebro virgen, sin noción de ley, sin idea religiosa anterior, sin prejuicio alguno, como debió estar el de los primeros hombres.

El mito es hijo de esa facultad de la inteligencia del hombre que se llama *causalidad*; pero es menester que ella obre en toda su ignorancia de las leyes. Por eso no debemos buscar la raíz del mito en el Arya, ni en la Grecia, ni en Roma, sino en el hogar de alguna humilde familia prehistórica, perdida allá en las nieblas del origen, en el misterioso principio de la evolución humana, y de la cual no queda otro vestigio que una sola palabra inmortal, por lo que tuvo de religiosa y de divina, transmitida de un idioma á otro con el respeto que infunde el nombre de la divinidad.

Esta idea primitiva del calor considerado como alma del mundo, ó principio animador por excelencia, verdadero Dios, en pluralidad de manifestaciones, alimentó la creencia científica de los sabios hasta la Edad Media. Hay en la *Colección Hipocrática* un libro titulado, *De las Carnes*, cuyo autor, que acaso no será Hipócrates, pero para el caso es lo mismo, procura explicar la formación de los órganos: «Lo que nosotros llamamos calor, dice, es en mi concepto inmortal: tiene la inteligencia de todo, ve, entiende, conoce todo el presente como el porvenir; cuando todas las cosas se confundieron, la mayor parte del calor ganó la circunferencia superior; es lo que los antiguos me parece que llamaron ether. El segundo elemento colocado interiormente se llama la tierra; frío, seco y lleno de movimiento y tiene de seguro una gran cantidad de calor. El tercer elemento, que es el aire, ocupa, siendo un poco caliente y húmedo, el espacio intermedio. El cuarto, el agua, que está más cerca de la tierra, es el más húmedo y el más espeso.»

El calor es, pues, para los antiguos, el principio activo, inteligente, que mezclándose á la tierra, la anima y da las formas vivientes de los órganos.

Galeno, más próximo á nosotros, á fuer de buen discípulo de Hipócrates, y á pesar de su gran piedad, dice en sus *Costumbres del alma*, que aun cuando no se quiera conceder que la sequedad es la causa de la inteligencia, aduciría el testimonio de Heráclito, porque ¿no ha dicho él, alma seca, alma sapientísima? «Es preciso ver que esta opinión es la mejor si pensamos que los astros que son resplandecientes y secos tienen una inteligencia perfecta, porque si alguno dijese que los astros no tienen inteligencia, parecería no comprender el poder de los dioses.»

Es claro que la sequedad de Galeno no es más que una consecuencia del calor de Hipócrates. Véase aquí, pues, un caso de supervivencia de una idea nacida en la ignorancia primitiva, influyendo en el ánimo de sabios y hombres de ciencia, pertenecientes á una civilización adelantada.

Qué de relaciones pudieron encontrar aquellos hombres entre el calor y el fuego; qué series de ficciones y mitos, con el tiempo, no habrán desarrollado, suponiendo dotados de inteligencia á tales elementos, es cosa, que para comprenderla, no basta figurarse las mil combinaciones que en un cerebro sólo puede hacer la asociación de ideas, sino que, hay que fijarse en el

resultado que darán millares de cerebros, por millares de años, buscando analogías, y tratando de explicar, á modo de inteligencia humana, aquel fenómeno. Por eso, el tejido mítico de pueblos avanzados será siempre en su mayor parte indescifrable. Sin embargo, siendo el método bueno, la exegesis será más acertada y podrá vislumbrarse una parte de verdad en alguno que otro mito. En la leyenda de Dionyso, hervido en una caldera por los titanes, puede verse, por ejemplo, una reminiscencia de la antigua creencia que suponía un dios agitando el agua en el hervor. Cuando le llegue el turno, veremos, que Dionyso, antes de ser dios del vino, fué una divinidad puramente acuática como su nombre indica. *Medea*, con su caldera vivificante, la fuente de Juvencio, y hasta los cuentos populares que han llegado á nuestros días con la misma idea de reanimación y juventud por el agua hirviendo, no tienen otro origen que aquella antiquísima observación.

Visto que el agua expuesta al fuego cobraba vida al calor, ¿por qué un sér, hundido en ella, no la cobraría también en ciertas circunstancias á beneficio de súplicas ó encantos? La asociación de estas dos ideas es bien natural. Desde entonces, la vasija de agua se convirtió en objeto religioso y mántico; se hizo de ella un mueble de preferencia, se la colocó en un trípode para poder recibir cómodamente el calor del hogar inferior, y llegó á tener una importancia decisiva en los oráculos y en el gobierno de los pueblos.

El trípode no fué nunca, como se ha creido por algunos, un asiento; no, el trípode fué un verdadero hogar con la tradicional vasija de agua hirviendo. Téngase en cuenta que en Delfos, en el gran santuario de Apolo, durante los tres meses de invierno, se daba culto á Dionyso exclusivamente. Se ha disputado mucho si el trípode era símbolo de las divinidades solares ó atributo de Dionyso. Algunos, entre ellos O. Müller, lo adjudicaron á este último. Nosotros creemos que pertenece á los dos, y que Delfos fué en un principio el sitio del recuerdo y del culto del ser inteligente y activo que presidía el maravilloso fenómeno del agua vivificada por el fuego. El culto tuvo dos representaciones como la cosa misma: Apolo fué el calor, Dionyso el agua. Volveremos á tratar de esto que, por otra parte, está bien lejos ya del fenómeno observado en la cueva ó choza prehistórica.

No cabe duda, pues, que el calor fué considerado en la antigüedad como el gran principio de animación y vida de la naturaleza; principio, que no así como se quiera, suponían dotado de inteligencia y fuerza, sino que hacían de él un dios cuya influencia bienhechora penetraba las criaturas todas y se dejaba sentir por todo el mundo. Esta idea del calor, como principio de vida y movimiento en los seres, es acaso anterior á la observación de cualquier otro fenómeno; pero el calor es una cosa abstracta, y el hombre debió sentir pronto la necesidad de referir su admiración y dedicar su culto á alguna cosa más visible y concreta: de aquí la adoración del fuego. El fuego, viva y esplendorosa manifestación del calor, no pudo menos de ser tomado en el orden de ideas primitivo, como la aparición real y sensible del principio de vida en el mundo; verdadera encarnación del dios en la materia combustible. ¡Hecho maravilloso y propio solo de la bondad de un sér consolador, bajar con los confortables rayos de su luz, esencia de la vida, á la pobre choza de la miserable familia prehistórica, tiritando de frío y sumida en la oscuridad!

La producción del fuego por el rozamiento del *pramantha* fué para aquellos hombres una revelación. Si

ahora viésemos de repente abrirse los cielos y asomar allí el rostro del Omnipotente, no nos causaría mayor admiración.

Desde entonces el hombre primitivo no necesitó más enseñanza ni más fe; tuvo á dios en su casa; un dios visible y bueno que no dejaba nunca de acudir cuando se le evocaba. ¡Qué intimidad religiosa, qué fe viva, qué ternura de sentimientos conserva todavía el Rig-Veda para *Agni*, el amigo del mundo, el mensajero!

El fuego era un dios vivo que se veía nacer, desarrollarse y morir, como una criatura; hijo de Dios que se sacrificaba por salvar al género humano. Todas las extrañas creencias de reencarnación que vinieron después proceden de ésta.

El espiritualismo más puro forma desde un principio la base de toda religión humana. Sólo la preocupación de una fe exclusiva puede hacer ver *asqueroso* fetichismo ó *grosera* idolatría en el culto religioso de los pueblos primitivos ó de los salvajes modernos. No; el hombre, donde quiera que adora alguna cosa, levanta su corazón, en alas del ruego, á un ente superior que adorna con las cualidades más sublimes que puede concebir. El negro de Guinea, postrado delante de veinte mil fetiches, ridículos á los ojos de un hombre civilizado, ejerce un acto tan agradable á Dios, dada su cultura, como el cristiano orando á los piés de un crucifijo. En cada fetiche, en cada simulacro, ven los devotos de todas religiones la morada del sér espiritual que adoran.

Todavía se resienten las religiones modernas de la impresión profunda que, en el ánimo de los primeros padres, hicieron los fenómenos de la naturaleza, considerados por ellos como manifestaciones inequívocas de la divinidad.

Un ejemplar de esto podemos ver en el culto de la serpiente y en el significado del *pramantha* que brevemente estudiaremos aquí, porque tiene conexión con la palabra *bero*.

En aquel tiempo, como ahora entre salvajes, y aun en nuestro vulgo, todo se exteriorizaba y tomaba forma; de esta tendencia, natural en la infancia del espíritu, salieron los símbolos y las imágenes. La serpiente era el símbolo del espíritu entre los egipcios. Es probable que en alguna tribu prehistórica, lo fuese también, más anteriormente, porque su culto se encuentra repartido por todas partes del mundo.

Prescindiendo de lo mucho que se ha escrito sobre el culto de la serpiente, sobre todo en Inglaterra por el Dr. Stukeley, Colt-Hoare, Geoffrey, Higgins, Bathurst-Deane y otros, y ateniéndonos á los últimos descubrimientos, vemos el más grandioso templo del Asia, fundado por indios venidos de Taxila, en el siglo XIII de la era cristiana, y el de Nakhou-Vat, situado en el centro de la Cambodia, descubierto por el viajero francés Mr. Muhot, dedicado al culto de la serpiente. Otro descubrimiento fué debido á esta casualidad: buscando la Comisión de Indias restos que mandar á la Exposición de París en 1867, se encontró con una colección de esculturas en mármol blanco que Sir Walter Elliot había sacado diez años antes del templo de Amrabati, construido en el siglo IV de nuestra era á unas 60 millas del río Kistuah, en Zillah-Guntoor. Es un monumento budhico destinado al culto de *Naga de siete cabezas* ó del dios-serpiente, casi tan extendido en aquella época como el de Budha. Este culto estuvo representado en Grecia por la *Hydra de Lerna*.

Una circunstancia, fortuita también, vino á demostrar el culto del árbol. En las fotografías que se han

sacado de las esculturas del templo de Sanchi, cerca del Bhopal, en la India central, anteriores al siglo I, no hay trazas del culto de Bhuda y pocas del de la serpiente; el culto principal allí era el del árbol. Estos cultos del árbol y de la serpiente eran turanianos; lo que queda de ellos en la India se debe á la raza conquistada cuando la invasión aryana, unos tres mil años antes de Jesucristo. En Grecia sucedió lo mismo; una antigua raza es absorbida y dominada por los aryas. Todos los mitos antiguos se refieren al culto del árbol y de la serpiente y á los esfuerzos de los conquistadores por destruirlos. El oráculo de Apolo en Delfos fué fundado precisamente sobre un templo más antiguo dedicado á la serpiente. Apolo, dando muerte con sus dardos á Pithon, es el dios de los invasores, el dios de luz, triunfando del símbolo turaniano y haciéndose adorar en su lugar, como Hércules, el nuevo mito solar, matando la Hydra. Es uno de tantos episodios naturales como se vieron después en la sustitución del cristianismo al paganismo, ó en la conversión forzosa de los americanos por los españoles, transformando sus templos en iglesias, y derribando sus ídolos para poner imágenes en su lugar.

Siempre los dioses vencidos son demonios para los vencedores. San Miguel, luchando con el dragón y atravesándole con su lanza, es el mito perenne y constante de la misma historia. La serpiente vencida fué desde entonces la encarnación del genio del mal para los aryanos y semitas. De cuando en cuando, sin embargo, tal era la persistencia de su culto en el fondo de la población avasallada, que revive é influye sobre sus mismos enemigos. El dios de los judíos la maldice en el Paraiso, y á pesar de eso, Moisés, para librar á su pueblo de los mordiscos de las serpientes del desierto, hace elevar una de metal sobre la bandera, para

que mirándola se animen los enfermos. Apariciones veleidosas de este antiguo culto surgen á intervalos en la nación judía hasta Ezequías, y la serpiente, conservada en el templo, debió ser considerada como un recuerdo simbólico. Después de Cristo, reaparece con los *Ophitas*, y á juzgar por las monedas, prevaleció en la mayor parte de las ciudades del Asia menor.

Esculapio, adorado bajo la forma de serpiente en los bosques de Epidauro, es un legado turaniano. En la mitología griega figura la serpiente además en las leyendas de Cecrops, Jason, Teseo, Hércules, Agamenon, Mercurio y en las narraciones homéricas. En Italia, Lanubium fué el centro de su culto que en tiempo del imperio llegó á ser una plaga. Los germanos tuvieron su árbol Igdrasil, pero no la serpiente, cuyo recuerdo, en cambio, duró en los pueblos de origen turaniano, como los estonianos y escandinavos, hasta el último siglo. En Africa se conserva este culto con todos sus detalles, y en América, mezclado con el del sol, conservó las formas de la antigua creencia asiática. Ahora bien; se sabe que el antiguo templo de la Acrópolis de Atenas fué construido para abrigar el árbol de Minerva, confiado á la guardia de la serpiente *Erechthonios;* y en la escultura del Louvre, representando el robo del trípode, se ve un árbol con una serpiente enroscada á él que hace recordar dos cosas: el culto del árbol y de la serpiente en Delfos, y la escena del Paraiso terrenal. Si se nota que el árbol de Minerva no puede ser otro que el árbol de la ciencia, pues que Minerva es la sabiduría, implicando el conocimiento del bien y del mal, se comprende en seguida que la reminiscencia mitológica, lo mismo que la bíblica, tienen su origen en la misma fuente. Por lo demás, el antiguo culto de la serpiente y del árbol, fundado en la creencia de la animación, y debido al

capricho de una tribu prehistórica, no tiene nada de extraño, pues persiste aun en pueblos atrasados y que viven en el mismo orden de ideas.

Nos hemos detenido un momento en estas correspondencias, porque lo creimos conducente á nuestros fines, haciendo ver la influencia que el modo de ver y de pensar del hombre primitivo tiene todavía en la moderna civilización. Ahora recomendamos simplemente que se fije el lector en la extraña coincidencia que salta á la vista entre la *manzana* de Adán y el mito de la producción ó generación del fuego. Es una coincidencia de nombres, significativa y que sólo se puede apreciar en español.

Para sacar el fuego, dice el Rig Veda, se pasa una correa alrededor de un palo como una rienda al cuello de un caballo. El acto de frotar se llama en sanscrito *manthami*, *mathnami*, agitar, sacudir, obtener frotando, y se aplica al movimiento rotatorio sobre todo, como lo prueba su derivado *mandala* que significa un círculo, en irlandés *mondull*, eje de rotación, y en bajo alemán, *mageln* por *mandeln*, rodar, hacer rodar. En griego *manzano* aprender, *mazema* estudio, ciencia, parecen proceder de lo mismo por analogía de sentido, siendo aprender, dar vueltas á una cosa en la cabeza, devanarse los sesos.

Al obtener el fuego por el frotamiento creyeron hacer nacer un dios, y la producción del fuego *manthana* fué comparada á la generación. El instrumento que daba nacimiento al dios, parecía tener partes masculina y femenina, y se llamó *Pramantha*, el Prometeo de los griegos que va á robar á Júpiter el fuego vital. Hé aquí un bien sencillo instrumento de madera convertido en personaje heróico, por el tiempo, por el olvido de la significación de la palabra al pasar á otra lengua, y por la asociación de ideas, tres cosas que desem-

peñan un gran papel en la formación de los mitos. *Pramantha*, pues, se descompone en dos palabras: *Pra* y *mantha*. Esta última ha sido perfectamente estudiada ya con la correspondencia del mito griego por Adalberto Kuhn (1). En efecto, procede de una raíz *math*, agitar circularmente, en sanscrito, ya por el mareo de la embriaguez, ya por el movimiento de rotación que se hacía al preparar ciertas bebidas embriagantes. Pero esta raíz *math*, ¿es efectivamente sanscrita? ¿Tiene ella la natural simplicidad de significado que debió tener primitivamente, ó adquirió después la significación sanscrita como tantas otras? Tenemos en griego μεθυς, vino, el céltico *medd* y el lituaniano *medus*, miel, cuyo origen se ha dicho que es el sancrito *madhu*. ¿No es mejor suponer que proceden todos ellos de una raíz anterior, heredada por los idiomas indo-europeos de una lengua primitiva aglutinante? ¿No es esto más conforme al verdadero método? Por nuestra parte, creemos que esa raíz pudo envolver en un principio la idea de mojar, humedecer, dar jugo á la presión, y que de ella proceden el eúskaro *mats*, uva, y *mastia*, viña, el alemán *most*, el latín *mustum*, el inglés *must* y el español *mosto*, y aun el verbo *machacar* expresando la presión de sustancias que sueltan humedad. Después con el tiempo y la asociación de ideas ha llegado á tomar en el sanscrito el significado de agitar circularmente. La *m* se ha convertido en *n* en el paso de unos idiomas á otros; así *humedecer*, *mojar*, en latín *made-facio*, en inglés *moisten*, *meddle*, se hacen en griego διαίνω, mojar, y en alemán *násse*, humedad. *Moho*, sin embargo, la vegetación en la humedad, la humedad creadora, *moss*,

---

(1) *Die Herabkunft und des Gœttertranks, ein Beitrag zur vergleichenden Mythologie der Indo germanen* von Adalvert Kuhn, in 8.o Berlin, Dummler, 1859.